

1774.

— El 10 de mayo, muerte de Luis XV á la edad de sesenta y cinco años, y despues de cincuenta y ocho de reinado. Habia caido enfermo el 28 de abril. El 4 de mayo, mandó por sí mismo á una muger muy conocida el dejar la corte. En la noche del 5 al 6 se confesó al abate Mondon, cuando se le administraron los sacramentos el 7 de mayo, el cardenal de la Roche-Aymon, capellan mayor, dijo en alta voz á los asistentes que *el rey le habia encargado declarar que sentia mucho haber dado escándalo*: debil reparacion, es preciso confesarlo, despues de unas faltas tan enormes y unos ejemplos tan contagiosos. Ya se conoce en parte á Luis XV por lo que de él hemos dicho. Es verdad que tenia buenas cualidades, pero se abusó de la debilidad de su caracter, cortesanos corrompidos hicieron todo lo posible para hacer mudar sus costumbres, y tuvieron la triste ventaja de conseguirlo. En vano quisieramos disimular hechos demasiado conocidos; el escándalo de sus costumbres y los desórdenes de su corte hicieron al reino profundas llagas: permitió á la incredulidad hacer los mas tristes progresos; y en lugar de que un gobierno ilustrado y firme hubiera aplicado eficaces remedios al mal naciente, no opuso barrera alguna

á los continuos ataques que se dirigian tanto contra su trono como contra el santuario: él fomentó el vicio con su ejemplo, é hizo casi inútiles los grandes ejemplos de virtud que presentaban á la corte una reina, un delfin y unas princesas de un mérito tan raro y de una piedad tan sólida. Apenas hay épocas en su reinado que no recuerden memorias aflictivas: la inmoralidad de que se hacia alarde bajo la regencia, la licencia de un partido revoltoso, sus sátiras y sus intrigas, las ilusiones que produjo, y las ridículas ó crueles escenas que no se avergonzó de atribuir á la religion que las rechazaba; las empresas reiteradas de un cuerpo ambicioso, las contestaciones que entretuvo, las turbaciones que fomentó, y los notables alcances que sucesivamente dió á la autoridad que hubiera debido defender; el monarca mismo contribuyendo á enervar su poder por su debilidad ó á envilecerle con sus vicios; unos ministros ya sin vigor para reprimir el mal, ya de inteligencia para acrecentarlo; la incredulidad naciente á la sombra, debil y tímida desde luego, no manifestando sino la mitad de sus miras, y no publicando sus producciones sino de tarde en tarde y como á hurtadillas, despues fortificada por la corrupcion y enardecida por la impunidad, arrojando su veneno sin moderacion, é introduciéndose en todas las clases, haciendo con audacia ostentacion de sus blasfemias y de sus sediciosas provocaciones, y amenazando con sus redoblados esfuerzos á la ciega autoridad

que le habia dejado aumentarse; los resortes del gobierno rotos, las leyes sin fuerza, los derechos del príncipe y la obediencia de los vasallos reducidos á problemas; las costumbres, las máximas y un language todo nuevo sustituidos á los que hasta entonces habian hecho el reposo de la sociedad y la fuerza del Estado; la soberanía de los pueblos proclamada; en fin el trono y el altar vacilantes igualmente bajo los golpes de enemigos encarnizados del uno y del otro: tal es el cuadro que presenta la Francia en el espacio de cerca de sesenta años, y que anunciaba para un observador atento revoluciones y borrascas. Ya en 1770 habia podido temerse la catástrofe. La agitacion habia sido extrema; los Estados-Generales habian sido pedidos, y los que solicitaban esta convocacion habian sin duda calculado sus resultados. Ella fué rehusada, y Luis XV dejó por herencia á su sucesor un germen fatal de turbaciones, de discordia y de destruccion. En el mismo dia de la muerte del rey, Luis agosto, antes duque de Berry, despues Delfin en 1765, sucedió bajo el nombre de Luis XVI á su abuelo. Era el tercer hijo del virtuoso Delfin muerto nueve años antes, y por muerte de sus dos hermanos mayores habia llegado á ser el heredero presuntivo del trono. Veinte años tenia cuando empezó un reinado que será famoso en la historia. La bondad, la rectitud, las costumbres puras, el amor por sus pueblos, el deseo ardiente de ser amado de ellos y de hacer bien formaban el carac-

ter del nuevo príncipe. Se sabe cual ha sido su premio. Él creyó favorecer los votos de la nacion llamando á los parlamentos, y el 12 de noviembre tuvo un solio real de justicia, para su restablecimiento. En él hizo registrar diferentes edictos que obraban algunas mudanzas en la disciplina del parlamento, declaraban nulos los procedimientos hechos en otro tiempo por este cuerpo sobre las contestaciones religiosas, y que le prohibian renovarlas. Tambien se habia querido prevenir los otros extravíos de los magistrados, sus dimisiones combinadas, sus ligas con los parlamentos de provincias, su negacion á registrar y hacer justicia, y otros abusos de esta naturaleza. Pero su desgracia no los habia corregido: protestaron, hicieron representaciones, y no quisieron rendirse. Su ingratitud no hizo mas que confirmar el juicio que de ellos se habia ya hecho: apercibiéronse de que su *resurreccion*, por servirme de su término, les hacia mas intrépidos, acreditando entre ellos la opinion de que la corte volviéndolos á llamar no habia hecho sino ceder á la necesidad, y de que la monarquía no podia subsistir sin ellos.

— El 10 de julio, muerte de M. de la Motte, obispo de Amiens. Luis-Francisco-Gabriel de Orleans de la Motte, nacido en Carpentras en 1683 fué desde luego nombrado canónigo de esta ciudad: él era vicario general de Arlés cuando en 1727 asistió al concilio de Embrun. Tambien publicó un pequeño escrito para la defensa de esta

asamblea. Cuando M. de Saleon, nombrado por el concilio administrador de la diócesis de Senez, fué hecho obispo, M. de la Motte fué encargado de reemplazarle; y su dulzura, su piedad, su beneficencia acabaron de atraer á los obstinados. Colocado sobre la silla de Amiens en 1733, gobernó por el espacio de cuarenta y un años esta dilatada diócesis, y obró en ella todo el bien que dependia de él; trabajó con mucho cuidado en poblarla de buenos eclesiásticos, que pudiesen en ella perpetuar su obra: hizo frecuentemente visitas pastorales, en las que procuraba remediar los abusos, y se instruía por sí mismo de las necesidades de las parroquias. Su alta piedad le hacia el oráculo de muchas gentes honradas, tanto de su diócesis como de fuera, que le consultaban sobre las cosas de Dios. Exacto observador de la ley de la residencia, no se apartó de su rebaño sino muy rara vez, y siempre por razones cuya legitimidad no era dudosa. A ejemplo de muchos de sus colegas mostró en la época de las usurpaciones de los tribunales un celo laudable por los derechos de la Iglesia, y si no tuvo parte en las oposiciones que una igual conducta atrajo á otros obispos, lo debió á su grande reputacion de virtud, y á la proteccion señalada de la reina y de otras muchas personas de la familia real, quienes le profesaban una estimacion particular. Se han impreso sus cartas y dado su vida. Estas dos obras prueban sus conocimientos en las materias espirituales, y su religiosa fi-

delidad en llenar todos sus deberes. Su fervorosa piedad era al mismo tiempo dulce y atractiva, y sabia hacer que las gentes del mundo amasen la religion que él practicaba tan bien. Tuvo el consuelo de dejar en su diócesis al morir un obispo de su eleccion y digno de sucederle.

— El 22 de setiembre, muerte de Clemente XIV. Este Papa estaba entonces en la edad de sesenta y nueve años, y habia ocupado la santa Sede cinco años y cinco meses. Un escritor conocido, Caraccioli, ha dado su *vida* y sus *cartas*, las cuales fueron recibidas con tanto apresuramiento como credulidad por un partido lisonjeado de ver sus propias ideas puestas á cargo de un soberano pontífice. Por fortuna se sabe hoy lo que debe pensarse de estas dos obras: está bien averiguado que las *cartas* publicadas bajo el nombre de Clemente XIV no son suyas, y en ellas se han realzado muchos rasgos que descubren la impostura: todo hace allí traicion al verdadero autor; el mismo estilo, las mismas ideas y las mismas opiniones que se hallan en sus anteriores escritos, fechas falsas, inverisimilitudes palpables, yerros tambien, un tono algunas veces poco eclesiástico, y máximas indignas de un religioso, de un cardenal, de un Papa. Habiendo sido requerido Caraccioli para que presentase los originales, jamas ha podido suministrar esta prueba: así es que aun aquellos á quienes la conformidad de sentimientos habia movido á preconizar esta produccion de uno de los suyos, se

han visto forzados despues á convenir en que las *cartas* no son de Ganganelli. Los redactores del *Arte de verificar las datas* confiesan haber fundamento para poner en duda su sinceridad. Una vez establecida la suposicion de estas *cartas* da violentas sospechas sobre la veracidad del autor en la *vida* que nos ha dado de Clemente XIV; y en efecto el que atribuye á este Papa unas cartas que verdaderamente no ha escrito, y que afirma y sostiene audaciosamente una impostura constante, puede muy bien prestar á este pontífice discursos y acciones en que no habrá tenido parte. Esta sospecha se confirma cuando se ve la perfecta conformidad de la *vida* y de las *cartas*, que adelantan los mismos hechos y ordinariamente presentan las mismas ideas. No obstante esta *vida* de Ganganelli, por inexacta y parcial que ella sea, es la que ha suministrado despues materiales y documentos á muchos de los que han tenido que hablar de este Papa. El *Arte de verificar las datas*, el *Nuevo Diccionario histórico* no han hecho mas que compendiar á Caraccioli en las alabanzas que da á su héroe. *El pontífice, el príncipe y el hombre de letras*, se lee en el *Arte de verificar las datas*, se hicieron igualmente admirar en la persona de Clemente XIV. Este elogio nos parece un poco exagerado: si se aplicase á Benedicto XIV seria imposible dejar de suscribir á él: este Papa célebre gobernó la Iglesia con sabiduría, protegió las ciencias con esplendor, y compuso obras que se citarán siempre con esti-

macion y leerán con fruto. Al contrario se pregunta ¿qué cosa grande ha hecho Clemente XIV? El no dejó obra ninguna importante; mas ha destruido la compañía de Jesus: hé aquí, no se puede disconvenir en ello, el motivo secreto de la alta reputacion que le han dado ciertas gentes: ellos han querido hacer creer, por solo este proceder, que tenia parte en todas sus opiniones, y de aquí sus elogios sospechosos é interesados. Parece, sin embargo, que Clemente XIV no era contrario á los jesuitas, mas viendo á todas las cortes católicas conjuradas contra ellos, no creyó prudente luchar mas tiempo para sostenerlos. Habia dejado tomar mucho ascendiente en Roma á algunos ministros extranjeros y entre ellos al ministro de España, que tuvo mucha parte en la supresion. Él fué quien hizo obrar cerca de María Teresa, por medio de la reina de Nápoles su hija. Sobre todo al fin del pontificado de Clemente XIV habia conseguido tener mucho crédito é influencia en los asuntos. El Estado de debilidad en que cayó el Papa le hizo alcanzar aun otros medios para dominar. Este estado de una enfermedad lenta parece aun haber influido sobre el moral del pontífice. Caraccioli insinua que Ganganelli murió de veneno, y hace mencion en muchos lugares de esta negra sospecha: un hombre ya convencido de la falsedad felizmente no es una autoridad que imponga mucho, y puede juntarsele el autor de las *Noticias eclesiásticas*, quien no se descuidaba en aprovecharse de una tan bella

ocasion para vender sus calumnias. Por otra parte se tienen testimonios formales que oponerles: el padre Marzoni, generales de los conventuales, que habia asistido á Clemente XIV hasta sus últimos momentos, y en cuyo sufragio habian querido apoyarse, certificó, bajo el sello del juramento, por un acto del 27 de junio de 1775, que jamas este pontífice le habia dado á entender que creyese ser emponzoñado; lo que hace decaer estas palabras vagas, estas semiconfidencias, estas sospechas que le prestaban. Además el doctor Salicetti, médico del palacio apostólico que con su médico ordinario habia visitado al enfermo, dió en una declaracion del 11 de diciembre de 1774 cuenta muy circunstanciada de la enfermedad, que él atribuía á un vicio inveterado de la sangre, y al mal hábito de procurarse tanto de día como de noche sudores escesivos: aseguraba tambien que la abertura del cadaver no habia mostrado cosa alguna que no pudiese provenir de causas naturales. Un humor acre que incomodaba con frecuencia el Papa y que desapareció de repente, parece haber sido causa de su muerte. Clemente XIV nombró diez y siete cardenales en doce promociones; entre otros un hermano del marqués de Pombal, que murió en Lisboa algunos dias antes de ser nombrado; Mario Marefoschi que tuvo parte á la confianza del pontífice; Juan Bautista Rezzonico, sobrino de Clemente, XIII á cuya familia volvió Clemente XIV, segun el uso, el sombrero que habia recibido de

ella, Carlos Antonio de la Roche-Aymon, arzobispo de Reims, capellan mayor de Francia, murió en 1777, Leopoldo Ernesto de Firmian, obispo de Passaw, y Juan-Angel Braschi, que vamos á ver subir á la silla de san Pedro.

1775.

— El 15 de febrero, el cardenal Braschi es elegido Papa, y toma el nombre de Pio VI. Juan-Angel Braschi, nació en Cesena en 1717. Benedicto XIV le abrió la carrera de los honores, le mostró benevolencia, le miró como su discípulo, y despues de haberle empleado en algunos negocios le dió una canongía de S. Pedro, y por este medio le hizo entrar en la prelación. Clemente XIII le nombró auditor del camarlengo, y en seguida tesorero de la cámara apostólica. El prelado Braschi desempeñó esta importante plaza desde 1766 hasta 1773, y en ella mostró mucho talento. *Viósele constantemente aplicado, laborioso, indiferente á los placeres profanos, y mereciendo la estimacion general por la regularidad de su conducta*¹. Pareció perder su crédito bajo el pontificado de Clemente XIV, quien no

¹ *Memorias históricas y filosóficas sobre Pio VI y su pontificado.* Estas *Memorias* son del embajador Bourgoing, muerto en Dresde en 1811.